

# El diseño urbano de México-Tenochtitlan

En los albores del siglo XVI, en el espacio territorial que ocupa hoy la moderna capital de nuestro país sobre el área que los urbanistas denominan zona conurbada, existía uno de los paisajes ecológicos más hermosos de estas tierras. A lo largo de muchos siglos, debido a los abundantes y permanentes escurrimientos de agua, se formó en medio de la Cuenca del Valle de México un enorme lago, que con los años se fue fraccionando en extensiones lacustres menores. Esa superficie acuática cubría aproximadamente 8000 kilómetros cuadrados.

El gran lago de origen prehistórico dio lugar, de manera natural, a una serie de lagunas y lagos. Durante la época anterior a la llegada de los conquistadores cada uno de los lagos recibió el nombre de la población más notable asentada en su cercanía; así se les conocía como los lagos de Texcoco, Chalco, Xaltocan, Xochimilco, Zumpango y la laguna de México. El lago de Texcoco y la laguna de México, formaban una unidad mayor, separada por una línea imaginaria; en su porción occidental se levantaban orgullosas las dos capitales indígenas fundadas por los mexicas: México-Tenochtitlan y México-Tlatelolco.

La arqueología ha demostrado que este valle y sus conjuntos lacustres, fueron siempre un polo de atracción, tanto para la fauna como para los hombres, de tal manera que los más espectaculares hallazgos de animales del pleistoceno, entre los que destaca el mamut, se han localizado en esta región, sobre todo en las otroras playas nororientales. Y ¿qué decir del desarrollo cultural indígena? En las márgenes de los lagos y

en las antiguas islas, se han localizado restos de asentamientos humanos que datan de la época de las primeras aldeas —que los especialistas ubican en el periodo del Preclásico Inferior, fechado hacia los 2000 años antes de Cristo—, hasta el momento en que los mexicas se establecieron y fundaron sus ciudades en el siglo XIII de nuestra era; de ahí que, aunque maltrecha en nuestros días, todavía podemos apreciar su importancia y atractivos, que explican en parte la razón por la cual en este lugar se estableciera desde siempre lo que es hoy la capital de nuestro país. Si nos transportamos al momento del encuentro entre mexicanos y españoles, es indudable que las dos formas de interpretación de la realidad —la indígena y la occidental— que nos ocupan, podrían ser, una, la visión que describe Ignacio Bernal cuando los conquistadores por primera vez llegaron a la región:

Súbitamente terminó la subida. Iniciada en el mar, los había llevado hasta el obra entre los volcanes, parados en la nieve, los hombres de acero y los heráldicos caballos tenían a sus pies el sensacional espectáculo. Allá lejos, muy abajo, se extendía el valle anchuroso: al centro, los lagos de plata; sobre las islas y en las riberas, las ciudades levantaban los altos techos de sus templos erigidos sobre macizas pirámides; bosques y sementeras, lilas y amarillas, alegraban la llanura en esos días mágicos del otoño mexicano.

(Bernal; 1984:9)

Otra manera de aproximarse a Tenochtitlan y Tlatelolco, sería aquella que nos

ofrecería el acalli o canoa al zarpar desde cualquiera de las poblaciones ribereñas hasta el centro del gran lago. Emprendamos pues un delicioso e imaginario periplo —no por ello menos veraz— que nos conduzca a la ciudad de Huitzilopochtli.

En las primeras horas de la mañana los remeros inician su duro trabajo, se escucha, solamente, el rítmico batir de las aguas y el gorjeo de las aves, que saludan con sus cantos la llegada de la luz matinal; lentamente nos alejamos del embarcadero cuando todavía gran parte de la laguna está cubierta de una densa bruma. Conforme transcurre el tiempo y el paisaje se aclara, se distinguen a lo lejos y al centro, las enormes moles —como montañas artificiales y sagradas—, los edificios dedicados a los dioses; en su entorno se ve el conjunto de chinampas que rodean la capital.

Al acercarnos a la periferia de Tenochtitlan aparece la imagen de los barrios construidos en los últimos años, especialmente hacia el sur. Hay allí gran actividad; los pescadores usan sus fisgas y atlatl, y los cazadores de aves extienden las redes sobre armazones de madera que dan un aspecto peculiar a las orillas de la urbe. Las sementeras o chinampas nos dejan la impresión de ser islas flotantes, después sabremos que fueron construidas encajando gruesos troncos de ahuejotes, que al poco tiempo mostrarán retoños en los maderos que serán con los años alargados árboles de fronda menuda, creando así el característico paisaje chinampero.

Vemos ahora trabajando afanosamente, a los hábiles constructores; entretejen una especie de armazón con varas y carrizos dentro del agua; lograda la ce-

razón del espacio rectangular de los cuatro postes, amontonan, en su interior, tierra y cieno del lago, sobre una especie de cama o base de lirios acuáticos; al terminarla, está constituido el terreno del cultivo y la casa de una familia indígena, ésta muestra orgullosamente sus chozas construidas de vara y paja; desde temprano se escapa el humo entre las rendijas del techo, signo inequívoco de que las mujeres, preparan el tlacuilli, "comida", especialmente las olorosas y suculentas tortillas.

Después de pasar por los puestos de control, y bajo la inquisidora mirada de los guardias, la canoa enfila por uno de los canales principales en dirección al centro de la capital. Lo que caracteriza a las dos ciudades, fundadas por los peregrinos mexicanos, es precisamente el hecho de que al estar asentados sobre islas, la comunicación más fácil y rápida, entre ellas, se hacía a través de canales orientados en las direcciones de los puntos cardinales; además, los canales establecían el límite natural entre las chinampas; esta demarcación quedó establecida desde el momento mismo de la fundación, pero sólo cuando los mexicas lograron concertar sus esfuerzos, construyeron las afamadas calzadas que unían la ciudad con la tierra firme.

Hasta aquí las "dos particulares" imágenes de lo que fue aquel "mexicano domicilio".

Los mexicas no se consideraban oriundos del centro de México, sino que decían provenir de una región norteña y supuestamente periférica respecto a lo que hoy desde el punto de vista antropológico, conocemos como Mesoamérica. A su lugar de origen le llamaban Aztlan, "Lugar de la blancura", sitio que se ha tratado de identificar hasta nuestros días. En nuestra opinión y de acuerdo con los estudios contemporáneos más recientes, ese idílico lugar debió localizarse en la región lacustre de Yuriria-Cuitzeo, en el Bajío (Kirchhoff, 1985: 331-341).

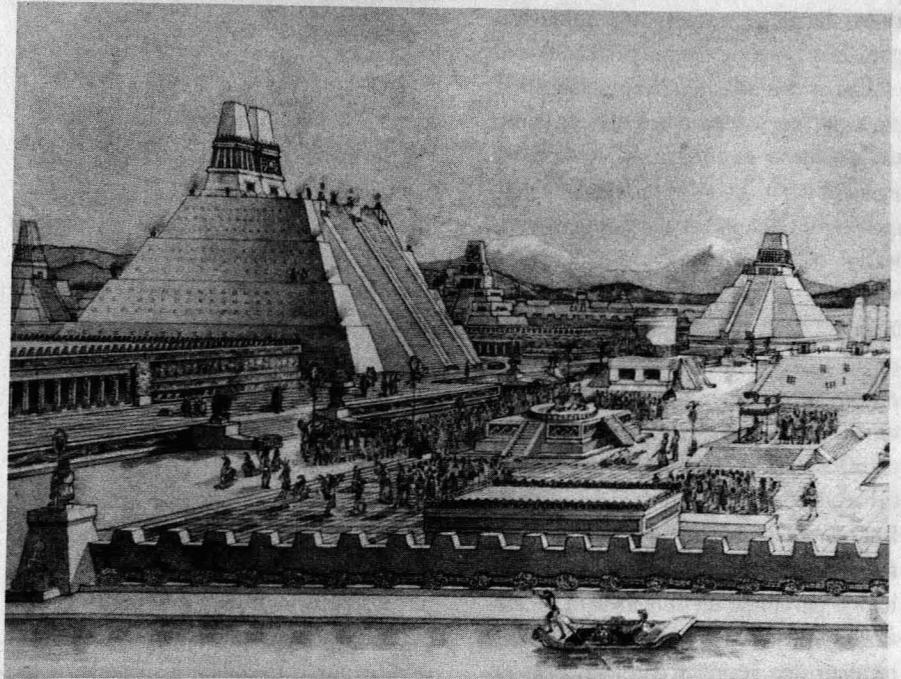
De este mítico peregrinar hay diversas versiones, pero todas coinciden en describir la patria original de los aztecas como una isla en cuyo centro se levantaba la pirámide-templo principal; su territorio estaba dividido en barrios equidistantes que constituían la entidad

tribal. La mayoría de los estudiosos de aquella civilización coinciden en que ese pueblo inició su recorrido o peregrinación en el año indígena Ce-Tecpatl, "Uno pedernal" -1116 d. C., a instancias de un mandato divino, que les ordenó buscar el símbolo que los asentaría en el centro del universo, y a partir del cual llevarían a cabo su dominio militar.

A pesar de todas las peripecias y aventuras que vivieron durante ese "viaje

asiento definitivo: un águila sustentada sobre un nopal, devorando una serpiente. Ahí fundaron su capital: México-Tenochtitlan, en el año Ome-Calli, "Dos casa", 1325 después de Cristo en el calendario occidental.

La representación más antigua y original de este mítico alumbramiento -o sea la fundación de la ciudad- se ve en la primera lámina del Códice Mendocino; en ella el artista indígena dibujó la isla, dividida en cuatro secciones, co-



mesiánico" siempre tuvieron muy claro su destino. Así, cuando llegaron al Valle de México, presintieron que el final del camino estaba próximo. Primero se asentaron en Chapultepec -el cerro sagrado del que después obtendrían agua potable- donde pusieron a prueba su espíritu guerrero. Sin embargo, su dios le hizo pasar muchas y penosas pruebas; en ese sitio fueron derrotados y llevados como prisioneros de guerra a Culhuacan. Con los habitantes de esa antigua capital establecieron lazos culturales y familiares; de ahí que posteriormente, de manera indirecta pero válida, se consideraran herederos de los toltecas, supuestos fundadores de Culhuacan. De nueva cuenta fueron derrotados, ahora por los culhuas; en su huida, se internaron entre los pantanos y tulares del lago, donde después de un preámbulo ritual encontraron la señal indicada por Huitzilopochtli, como el lugar de su

respondientes a los barrios o calpullis principales; al noreste quedó Atzacolco "En donde está la compuerta del agua", sede del barrio colonial de San Sebastián. Al noreste se erigió Cuexpopan, "Donde abren sus corolas las flores", que correspondió a lo que sería después el barrio novohispano de Santa María la Redonda. Al sureste quedó Zoquiapan, "En las aguas lodosas", que posteriormente, cuando la ciudad fue cristianizada, se llamó San Pablo. Finalmente, al suroeste se ubicó Moyotlan, "En el lugar de los moscos", al que se bautizó como el barrio de San Juan, en homenaje a ese santo, con el fin de buscar su protección en aquellos días de la Nueva España (Códice Mendocino, 1964: Vol. I).

También hubo barrios menores donde se acomodó toda la población que llegó bajo la guía de Tenoch, ubicados en esas cuatro divisiones originales. To-

avía nos parece escuchar las palabras recogidas por el cronista indígena Hernando Alvarado Tezozómoc: "establecéos, haced partición, fundad señoríos, por los cuatro rumbos del universo". En esa partición original y en el acomodo de la gente, aparentemente, resurgió el eterno conflicto entre tenochcas y tlatelolcas; estos últimos, descontentos con el terreno que se les había asignado para ubicarse, decidieron abandonar esta primigenia ciudad y fundar, 13 años después, en unos islotes más pequeños ubicados hacia el norte, otra población gemela a la que se denominó Tlatelolco.

Ambas ciudades tendrían una historia paralela, pero separada hasta la época del gobierno de Axayacatl cuando los mexicas derrotan a los tlatelolcas y conquistan finalmente a sus antiguos rivales.

Para el momento en que Moctezuma Xocoyotzin es elegido tlatoani, el aspecto de ambas ciudades había cambiado enormemente; crecimiento, grandeza y enriquecimiento eran la tónica de la transformación. Apenas y un canal marcaba la separación territorial entre ambas urbes, de hecho quien desde lejos mirara hacia el centro de la laguna, sólo habría percibido un enorme e impactante conjunto constructivo, en el que destacaban dos recintos ceremoniales —las pirámides templo—, que elevaban sus techos y remates hacia lo alto del firmamento.

México-Tenochtitlan se unía a tierra firme mediante tres calzadas: hacia el sur la calzada Iztapalapa establecía la comunicación entre los pueblos chinampañecas y los antiguos señoríos de Culhuacan y Coyoacan, con la ciudad de Huitzilopochtli; era la de mayor longitud, ya que medía dos leguas y su ancho, según los conquistadores, equivalía a dos lanzas, por donde podían pasar ocho caballos en hilera. En un punto de su ubicación, que correspondía a la altura de Mexicaltzingo, esta calzada se bifurcaba: una de las vías conducía a Iztapalapa y la otra a Coyoacan, de donde continuaba hasta el rumbo de Xochimilco. Según los cronistas su construcción se realizó en 1429. Por allí hizo su entrada a la capital tenochca el ejército de Cortés; después de la conquista se le conoció con el nombre de Calzada de San

Antonio Abad. En el otro sentido teníamos la llamada calzada del Tepeyac que medía una legua y comunicaba a la ciudad con los puntos norteños del Valle, específicamente con el sitio donde se levantaba el templo de la diosa Tonantzin, que daba su nombre a la ruta; en un tiempo funcionó también como la comunicación formal entre ambas capitales.

Hacia el poniente se diseñó la llamada calzada de Tlacopan, probablemente la vía de mayor importancia en lo que fuera la orgullosa ciudad azteca, y con toda seguridad la primera en construirse. Aun cuando el tramo que corría por el lago era de sólo media legua de largo, resultaba muy impactante para quien lo caminaba por vez primera, por su doble vía, delimitada por el acueducto que traía el agua desde Chapultepec a la ciudad utilizando dos conductos. Este sistema fue construido para garantizar la salud de los habitantes, ya que mientras el agua circulaba por uno de los acueductos, el otro se limpiaba con gran esmero.

El significado estratégico de esta calzada se hacía evidente por las ocho secciones cortadas que tenía, sobre las que se construyeron puentes de madera. De ese mismo material estaban hechos los tramos que conectaban los canales a lo largo del acueducto, de tal forma que en cualquier eventualidad se podían quitar puentes y canales que unían las vías, para asegurar la defensa de la capital.

La distancia entre la ribera oriental y Tenochtitlan era considerable, razón por la cual la ciudad se comunicaba con esa región solamente mediante el uso de canoas, que se abordaban en un embarcadero al final de una calzada. Después de la conquista se ubicó ahí el edificio de las atarazanas, en el lugar donde se resguardaron las embarcaciones utilizadas en el asalto a la ciudad indígena. Con los años, cerca de ahí se erigió la iglesia de San Lázaro.

Tlatelolco contaba también con sus propias calzadas; utilizaba la del Tepeyac en su comunicación al norte; construyó una vía rumbo al poniente, la calzada de Atzacapotzalco que corría paralela a la de Tlacopan; y la otra, de mayor extensión, comunicaba a la ciudad

—mercado con el antiguo señorío de Tenayuca y tomaba ese nombre.

Al momento final del mundo indígena, la grandiosidad de la capital tenochca no deja de causarnos admiración, sin embargo, nunca terminaremos de conocerla. Irremediablemente tenemos que conformarnos con las descripciones de sus cronistas, lo que nos dicen las excavaciones arqueológicas, las reconstrucciones teóricas de los estudiosos del urbanismo y las magníficas representaciones que han hecho los artistas.

Desde sus primeros tiempos, se consideró el centro de las islas como el lugar de las "zonas sagradas", y ahí se diseñaron, a manera de recintos cerrados, los espacios donde se levantarían los templos de los dioses y los demás edificios dedicados al culto, así como las escuelas destinadas a los nobles y a los sacerdotes. Probablemente, después de la derrota tlatelolca la delimitación de esos recintos centrales fue diferente, como diversa era su planta: en Tenochtitlan el espacio del recinto era cuadrado, y efectivamente existía un muro defensivo, decorado con cabezas de serpientes, llamado coatepantli; la ciudad-mercado debido a las características del terreno, diseñó su recinto en forma alargada, por lo que su planta fue rectangular, y en lugar del muro defensivo, que seguramente fue derruido, tenía una especie de escalinata múltiple que corría a lo largo de su periferia. Es indudable, que los tenochcas se prevenían para el atrinchamiento en caso de una rebelión.

El recinto sagrado de México-Tenochtitlan tenía tres entradas de donde arrancaban las correspondientes calzadas, en ellas, la decoración aludía a los animales relacionados con las conquistas y la guerra: águilas y jaguares rampantes que sujetaban banderas y armas.

No obstante que el cronista franciscano Fray Bernardino de Sahagún menciona que había 78 edificios dedicados al culto, muchos de ellos eran en realidad monumentos escultóricos, como es el caso de la piedra de sacrificio o temalacatl, dedicada a la fiesta de Tlacaxipehualiztli (Sahagún, 1977: I-232-242).

Destaca por su tamaño la enorme mole del llamado Templo Mayor, pirámide doble dedicada al culto de las deidades supremas: el patrono de la guerra, Huit-

zilopochtli y el dios de los agricultores, Tlaloc.

Este edificio lo conocemos bastante bien en nuestros días, gracias a las cuidadosas excavaciones arqueológicas de épocas recientes. Se ha precisado que se trata de una construcción, más o menos de planta rectangular, constituida por cuatro cuerpos escalonados y cuyo acceso se situaba hacia el poniente.

Los descubrimientos arqueológicos nos hablan de un incesante trabajo constructivo en el edificio, que según los cronistas, fue el primero en levantarse apenas ocurrida la fundación de la ciudad; se dice que fueron muy humildes sus principios, ya que se utilizó lodo y varas en su construcción. Cada señor, al ser electo tlatoani, tenía como tarea primordial la reconstrucción de la casa de los dioses, lo que significaba que al engrandecerlo, quedaba encerrado -cubierto para la posteridad- el edificio anterior; de esta manera, se han delimitado por lo menos siete etapas constructivas mayores, que irían desde Acamapichtli, a finales del siglo XIV, hasta Moctezuma Xocoyotsin en los primeros años del siglo de la conquista.

En este proceso constructivo el tamaño de los edificios es menor conforme nos acercamos a los inicios del señorío



tenochca, pero lo que salta a la vista de quien visita los vestigios arqueológicos, es que en esta construcción se concentraron los esfuerzos y anhelos de este pueblo. A las deidades primordiales se dedicaba lo más preciado, los prisioneros de guerra y los animales de tierras

lejanas: jaguares, águilas, tucanes, cocodrilos, etcétera, así como máscaras y pequeñas figurillas labradas en piedra verde o semipreciosa. No faltaban los objetos de obsidiana, azabache y oro; todo lo cual se depositaba cuidadosamente en las "cistas de ofrenda" localizadas en diversos puntos del edificio.

En la cúspide de la pirámide estaban los dos templos, a manera de habitaciones separadas e independientes, con un espacio al frente para el ceremonial; ambos daban la impresión de gran altura debido a que por lo menos tenían dos entrepisos interiores donde se guardaban los elementos del culto a los tesoros de ambos dioses. El templo de Huitzilopochtli lucía su fachada toda de color rojo y el del dios de la lluvia estaba pintado de color azul.

Los otros edificios sagrados tenían una distribución relacionada con el simbolismo de los dioses y conformaban pequeñas plazas o espacios interiores. Estaban las pirámides y templos de diversas deidades, principalmente la de Tezcatlipoca, al sur del Templo Mayor; la de los númenes de la agricultura; la estructura a manera de un cercado en donde se realizaban las ceremonias de Mixcoatl, el dios de la cacería, y en especial la pirámide y templo de Ehecatl-Quetzalcoatl -el patrono del viento-, que se caracterizaba por cambiar la fachada rectangular y el basamento de planta circular, con un templo cilíndrico y cubierta o techo cónico, cuya entrada tenía el aspecto de una cabeza de serpiente con las fauces abiertas, tal y como lo podemos admirar de modo semejante en el templo monolítico de Malinalco.

Ahí también se ubicaba el complejo palaciego de la escuela de los sacerdotes y los nobles -el calmecac-; además, la cancha sagrada del juego de pelota con su característica planta en forma de doble T, en cuyos muros estaban empujados los anillos de piedra por donde tenía que pasar la pelota de hule macizo; había plataformas menores dedicadas a otras tantas ceremonias, algunas de las cuales estaban decoradas con hermosas pinturas murales o relieves en piedra, con diseños alusivos al culto y a los dioses. Probablemente uno de los edificios que causaba mayor impacto y

#### ORGANIZACIÓN SACERDOTAL

Quetzalcoatl Totec Tlamacazqui		Quetzalcoatl Tlaloc Tlamacazqui	
(sumos sacerdotes)			
Mexicatl Teohuatzin			
(vicario general)			
Tepan Teohuatzin		Huitznahuac Teohuatzin	
(coadjutor en los calmecac)		(coadjutor del vicario general)	
Calmecac	Ome Tochtli	Tlillancatli	
	(sacerdote principal)	(sacristán mayor)	
Tlamacazton	Tlamacazteotl	Tapixcatzin	Centzontoltchin
(sacerdote)	(maestro)	(maestro cantor)	(sacerdotes de los
aprendiz)			400 dioses del pulque)
Teotlamacazque	Tzapotlateohuatzin		
(mozos de servicio del templo)	(sustituto del maestro cantor)		

\* Datos tomados de:

DE ROJAS, José Luis, *México Tenochtitlan, Economía y sociedad en el siglo XVI*. El Colegio de Michoacán-FCE, México, 1986. 329 pp. (Col. Crónica de la ciudad de México).

cuyo propósito era el de conmemorar las victorias del Sol, era el Tzompantli, edificio construido con hiladas de cráneos humanos ensartados en pértigas de madera, macabros trofeos del sacrificio de los prisioneros de guerra.

Fuera, y rodeando este recinto ceremonial se encontraban los palacios del tlatoani y de los demás miembros de la nobleza; tal parece que cada gobernante se hacía construir un palacio diferente que funcionaba como el edificio de gobierno durante su mandato; seguramente la ubicación de esta construcción, dependería no sólo del significado religioso del tlatoani como imagen viva del dios Xiuhtecuhtli, sino también de los propios gustos e intereses del personaje. El palacio de Moctezuma-Xocoyotzin, erigido en el barrio de Zoquiapan, a un costado del Templo Mayor, fue seguramente la estructura palaciega más importante de su tiempo; estaba constituido por conjuntos de patios con habitaciones a su alrededor y decorado con murales, relieves o esculturas. Al frente del mismo, y en relación con su fachada, se le acondicionó un espacio abierto de regulares dimensiones, que funcionaría como la plaza principal de la ciudad y que estaba destinada a las ceremonias públicas más importantes. Otra pequeña plaza se ubicó al sur del palacio, y fue conocida, a partir de la época colonial, como la plaza de El Volador.

En Tlatelolco, el patrón constructivo y urbano fue semejante a su ciudad gemela, pero se distinguía por el hecho de que al oriente de su recinto sagrado se encontraba el tianguis o mercado. Este consistía en un espacio cuadrangular al aire libre con cuartos en su derredor, que funcionaban a manera de bodega. En esta plaza pública se intercambiaban toda clase de productos; ahí se podía encontrar a los vendedores de perros y otros animales engordados expresamente para los banquetes; estaban a la vista las verduras, las semillas y las flores; estaban también los comedores o fondas, donde los visitantes del mercado gustaban de los sabrosos antojitos de estas tierras; se podían adquirir ahí esclavos, para utilizarlos como auxiliares en las labores de la casa y del campo; y, por supuesto, para quien tenía la posibilidad

de adquirirlos, se encontraban en los establecimientos, los objetos de materiales preciosos: oro, plata, turquesa, pieles y plumas que eran el símbolo exterior del poderío de la nobleza.

Por toda la ciudad de Tenochtitlan eran visibles los testimonios del fervor de los mexicas, quienes dedicaban a sus deidades patronas esculturas monumentales y relieves decorativos en los edificios. Así podemos explicarnos la creatividad y belleza de figuras como la gran Coatlicue "La de la falda de serpientes"; La Piedra del Sol o Calendario Azteca, y la Coyolxauhqui, "La que se pinta las mejillas con cascabeles", relieve circular situado al frente de las escalinatas de la pirámide de Huitzilopochtli, que indicaba a los mexicas la victoria del Sol -Huitzilopochtli- y les alentaba en sus expediciones militares para lograr no sólo el triunfo sobre los enemigos de su dios, sino también la posibilidad de la propia victoria personal y la obtención de la gloria y las riquezas.

Cada uno de estos monolitos tenía significado ideológico-religioso que respaldaba el poder de Huitzilopochtli y era ejercido a través de su representante en la tierra -el tlatoani-, tal y como lo podemos constatar en el impresionante Cuauhxicalli de Moctezuma Ilhuicamina, conocido también como La Piedra del Ex-arzobispado -descubierto recientemente por los arqueólogos-, que según las crónicas, fue el primero en su género. En él admiramos la concepción cosmológica del dominio mexica sobre el universo.

Se trata de un enorme cilindro, cuya cara lateral relata el destino de los aztecas; entre dos franjas marginales hay símbolos que hacen alusión al sacrificio: combinaciones de cuchillos, cráneos y manos cortadas; en once paneles de proporción semejante se repite la misma escena de conquista, en la que aparece la deidad guerrera, que es a su vez la imagen sublimada del tlatoani. Este captura a la víctima sujetándola del cabello, y en cada situación se explica la identidad del pueblo conquistado mediante el glifo toponímico: el relieve en toda la circunferencia, simbolizaría, entonces, la delimitación del mundo conocido por ende viable de ser conquistado. En la

cara superior que servía como plataforma para el sacrificio gladiatorio, hay un diseño circular espléndido, la imagen radiante del dios solar como un disco con rayos y púas sagradas que se alternan; en el centro el rostro de Tonatiuh-Xiuhtecuhtli, siempre dispuesto a recibir la sangre y los corazones de las víctimas.

A partir de este primer Moctezuma, cada señor azteca tenía la obligación de patrocinar un monumento semejante -temalacatl cuauhxicalli- que conmemoraba las conquistas hasta su reinado. Únicamente ha llegado hasta nosotros el monolito elaborado durante el gobierno de Tizoc, y se supone, que otro de ellos, sólo que inconcluso, lo sería 'La Piedra del Sol' o 'Calendario Azteca', atribuido al reinado de Axayacatl. Aunque los cronistas de la época colonial, relatan que el segundo Moctezuma mandó labrar un temalacatl que continuaría con la tradición imperial, éste no ha sido hallado.

Así sería en ese último momento de su historia la ciudad de Moctezuma Xocoyotzin. En su construcción y en su grandeza, los mexicas plasmaron su mística guerrera; todo se resumía en la exaltación del poder de los dioses y del tlatoani, justificación de las conquistas y la expansión del imperio a costa de otros territorios. Hoy sólo nos quedan los restos arqueológicos, pero resuenan todavía las palabras del cronista Chimalpain "mientras permanezca el mundo nunca acabaría la fama y la gloria de México-Tenochtitlan". ♦

#### Bibliografía

- Bernal, Ignacio, *Tenochtitlan en una isla*, SEP, FCE México, 1984. (Lecturas Mexicanas 64).
- Código Mendocino, Colección Mendoza, *Antigüedades de México*, Vol. I, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, pp. 1-149, México, 1964.
- García Moll, Roberto, Felipe Solís y Jaime Bali, *El Tesoro de Moctezuma*, Chrysler México, S. A. de C. V., México, 1990.
- Kirchhoff, Paul, "¿Se puede localizar Aztlan?" *Mesoamerica y el Centro de México*, pp. 331-341, Biblioteca del INAH, INAH, México, 1985.
- Marquina, Ignacio, *Arquitectura Prehispánica*, Memorias del INAH, Vol. I, INAH-SEP., México, 1951.
- Sahagún, Bernardino, *Historia General de las Cosas de Nueva España*, Vol. I, Editorial Porrúa, México, 1977.
- Solís, Felipe, *Gloria y Fama Mexica*, Smurfit Cartón y Papel de México, México, 1991.